

El elefante

LUIS ÁNGEL CASTILLO MOTE |

Recuerdo que el momento más doloroso para todos fue el día en que murió el elefante. Cuando lo del tigre no hubo tanto problema; mi hermana Lupita se daba tremendos chapuzones en pintura anaranjada, se delineaba unas cuantas rayas a pincelazo puro y, con una gracia que todos adjudicábamos a sus estudios de teatro, se trepaba ágilmente en cuatro patas sobre unas de las sillas del comedor y comenzaba a rugir con amenazante ternura. Un par de años después, para superar nuestro nuevo duelo por la pérdida de la jirafa, nos dedicábamos a imitar a la finada montándonos unos sobre otros, hasta que el afortunado en turno lograba tocar el techo con los dedos índices, y comenzábamos a recorrer el camino habitual de nuestra cuelluda mascota. Pero el elefante, siempre tan suntuoso y dócil, nos negaba con su sola ausencia la terrible idea de sustituirlo.

Los primeros días fingíamos que su muerte no era presagio de una próxima disolución familiar, pero la amargura comenzaba a hacer mella en nuestro espíritu a falta del retumbante barrito que a diario nos despertaba puntualmente para el desayuno. Nos sentíamos solos y diminutos ante las descomunales dimensiones de la casa. Durante las horas más calurosas del día dábamos largas caminatas por los pasillos hasta que, por fin, dos o más de la parentela nos hallábamos de frente y sentíamos la fastidiosa obligación de volver a los quehaceres cotidianos, o de preguntarnos con hastío sobre el clima y los resultados deportivos.

Nadie se atrevía a sugerir siquiera la posibilidad de reemplazar a nuestro querido elefante, ni mucho menos la vulgar alternativa de llamar al taxidermista para engalanar el cadáver y dejarlo con la trompa erguida, en esa postura tan peculiar de aquellas entrañables duchas familiares que tomábamos en el jardín, impacientes por sentir el agradable chorro de su manguera grisácea.

Al cumplirse un mes de la muerte del elefante la convivencia familiar ya nos resultaba casi insoportable. Lupita renunciaba con frecuencia a su tarea de representar al tigre y se sentaba por horas frente a los ventanales de la sala. Cuando nadie la veía, lanzaba débiles manotazos a las cortinas como solía

hacer con la colita de nuestro paquidermo. Los primos que con gran fidelidad nos encargábamos de interpretar el papel de la jirafa, comenzamos a sentirnos apáticos de esa responsabilidad tan desgastante que ya sólo cumplíamos para animar a la abuela, y optamos por comprarle un viejo aparato que cada día sintonizábamos invariablemente en la estación de radionovelas.

Papá comenzó a distanciarse. Cada semana salía por varias horas para hacer las compras, regresaba a casa con notable urgencia y vaciaba las bolsas rebosantes de pan y vegetales que degustábamos de mala gana, acompañando a una carne excesivamente seca y salada que conservaba en la frescura del sótano. Con el tiempo a los más jóvenes nos dio por abandonar actividades tan sencillas como barrer el patio o tender las camas; incluso sacudir los muebles y regar las plantas de la abuela nos resultaban tareas aburridas que ya nadie disfrutaba sin una buena trompa de por medio.

Nos volvimos más torpes y perezosos. La papada nos comenzó a crecer y nuestras barrigas sobresalían aun bajo la ropa más holgada. Un día sorprendí a mamá tratando de encontrar alguna ocupación contra la generalizada desidia: bajaba y subía las escaleras del sótano, limpiaba aquí, acomodaba allá, tiraba objetos estropeados que atesorábamos bajo cualquier pretexto y que ella a simple vista encontraba inservibles.

Cuando nos sentábamos en el comedor los ademanes paquidérmicos eran tan comunes como involuntarios. Al pedir la mermelada o la miel para el pan tostado, nuestros brazos realizaban movimientos ondulares que en ocasiones nos impedían tomar los tarros. Las comidas se condimentaban con el sabor de la culpa. Nadie había notado que cada tarde comíamos lo mismo, apenas con algunas variaciones culinarias disimuladas con gran maestría: un día en caldo, al siguiente con arroz, en salsa, frito, encebollado y hasta en las tortas que nos preparaban para el desayuno.

Al finalizar el tercer mes ya no había elefante que recordar. Nuestras vidas retomaban su antaño rigor mientras nos mirábamos en silencio, sin valor para culpar a nadie. En mudo y mutuo acuerdo callamos la desgracia que inicio cuatro meses atrás, cuando papá fue despedido y la indemnización no cubría nuestras necesidades más básicas. Desconocedora de su suerte, la única que siempre vivió en paz hasta el fin de sus días fue la abuela, incapacitada para masticar sin su dentadura postiza. Hoy que ha muerto, las vecinas se acercan a darnos el pésame y murmuran con nula discreción que no supimos cuidarla. —Lágrimas de cocodrilo—, susurran con desfachatez al ver a Lupita llorar desconsolada, y el cocodrilo nos mira con recelo, como preguntándose de dónde hemos sacamos estas costumbres tan salvajes, o por qué decidimos velar a la abuela en la profundidad del sótano.